

**F** punto **FINAL**

**DOCUMENTOS**

Suplemento de la edición Nº 131 de PUNTO  
FINAL — Martes 25 de mayo de 1971.  
Santiago - Chile.

# LA CRISIS NORTEAMERICANA Y AMERICA LATINA

Por  
THEOTONIO  
DOS SANTOS



\* **EL TRABAJO** que publicamos a continuación es un capítulo del libro "La crisis norteamericana y América latina" del profesor brasileño Theotonio Dos Santos. El libro —que es el quinto título editado por la Colección América Nueva de Prensa Latinoamericana S. A.— empezó a circular esta semana en Chile. Theotonio Dos Santos trabaja actualmente en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile.

## INTRODUCCION

**L**OS momentos de mayor autonomía relativa de decisión en los países dependientes son aquellos en que, dada una crisis en el centro hegemónico, se debilitan los lazos de dependencia y se abre una posibilidad de iniciativa económica y política de las clases dominantes. Esa concepción que se vino gestando en América latina a partir de la crisis del 29, fue sistematizada por André G. Frank (1) en una ley del crecimiento económico subdesarrollado.

Históricamente fueron las guerras inter-europeas y las crisis capitalistas que generaron una dificultad de importación de productos manufacturados creando así la oportunidad para el desarrollo de una industria nacional. Desde el punto de vista político, se puede esperar también que una crisis en el centro hegemónico o una guerra entre países dominantes provoque dificultades que los obligue a buscar aliados políticos y a hacer concesiones para mantener su control sobre los países dependientes.

Si hay en el interior de los países dependientes fuerzas interesadas en aprovechar esta situación para provocar un cambio de estructura y si ellas son relativamente fuertes, se crean las condiciones internas para que, al debilitarse el centro hegemónico, se produzca una coyuntura favorable que facilite una ofensiva política de esas fuerzas. La mayor o menor profundidad de esa ofensiva y sus posibilidades de victoria dependerán, sin embargo, de la capacidad de las fuerzas más avanzadas de las sociedades nacionales, de su organización, de su conciencia y de su disposición de lucha.

En el período de la Primera Guerra Mundial surgieron importantes brotes nacionalistas y reformistas que desarrollaron una gran lucha en la década de los años 20. En algunas partes esas fuerzas llegaron al poder antes de los años 30, pero en la mayoría de los casos sólo lo hicieron después, durante la crisis del 29 y sus consecuencias. El hecho más relevante de este período fue la nacionalización del petróleo por el gobierno de CARDENAS, en México. La guerra de 1939 al 1945 produjo también una coyuntura favorable para las burguesías industriales de los países dependientes. La situación se presentó de manera diferente en los países donde no había un proceso de industrialización anterior que hubiera permitido el surgimiento de una burguesía industrial capaz de aprove-

charse de la coyuntura favorable. En estos países no hubo gran desarrollo y cambios.

Vemos así que fueron las fuerzas más avanzadas de la época las que se aprovecharon de las dificultades de los centros hegemónicos, y este aprovechamiento fue relativo a la extensión de sus fuerzas y de la decadencia de los sectores oligárquicos tradicionales. Así fue porque las condiciones exteriores no hacen más que crear los marcos donde se pueden mover las fuerzas que están en el interior de las sociedades nacionales que continúan siendo las unidades económico-sociales del sistema capitalista mundial. Las condiciones del comercio mundial pueden provocar un impulso en una dirección u otra, pero la reacción frente a este impulso será determinada por las características internas de las sociedades nacionales.

La crisis del capitalismo mundial de los años 30 cuestionó el sistema de organización internacional basada en una estrecha división internacional del trabajo entre países productores de materias primas y productos agrícolas y países productores de manufacturas. Este cuestionamiento alcanzaba las clases sociales que se beneficiaban de este sistema en los países dependientes, es decir, la antigua oligarquía rural o minera y exportadora. La apertura de nuevas alternativas dependió de la fuerza de los nuevos sectores compuestos de pequeños productores urbanos, particularmente ligados al sector industrial y de la producción y distribución hacia el mercado interno, los asalariados urbanos, parte del campesinado en los países donde había importantes concentraciones campesinas asalariadas, los sectores obreros en organización desde el principio del siglo XX a través de los sindicatos anarquistas.

Las distintas soluciones políticas en los diversos países, que condujeron a la prolongación de por lo menos dos tipos de estructuras dependientes distintas, dependieron básicamente de la combinación de los factores ya descritos: la extensión de las crisis del sector tradicional vinculado a la economía exportadora y la fuerza adquirida anteriormente por los sectores emergentes ligados al mercado interno.

La crisis y la confrontación no eran de ninguna manera radicales. Es claro que la lucha por la creación de una economía volcada básicamente hacia el mercado interno se asemeja mucho al proceso de las revoluciones burguesas europeas. Pero estas similitudes se dan en cuadros completamente distintos causando aparentes paradojas.

La afirmación de la nación no se daba, más que muy marginalmente, en el cuadro de la lucha contra los poderes locales (de origen medieval en el caso europeo y de origen colonial exportadora en nuestro caso), sino de la lucha contra una fuerza exterior que no se interesaba en este entonces por la industrialización de estos países, así como contra grandes oligarquías nacionales (que habían constituido el Estado Nacional, la ley y el orden nacional en contra de sectores precapitalistas), que representaban estos intereses en el interior de la economía y de la sociedad.

Los movimientos sociales de los años 20 y

(1) GUNDER FRANK ANDRE, *Capitalism and Underdevelopment*, Monthly Review Press, 1968.

30 se explican en este marco histórico, y el hecho de que se hayan radicalizado algunas veces más allá de estos objetivos se explica por el hecho de que en este momento la crisis del capitalismo mundial era muy aguda y hacia apuntar salidas más radicales como únicas viables en este entonces. No existían sin embargo, las fuerzas sociales internas capaces de conducir a estas naciones hacia tales alternativas, sino como parte de un proceso de revolución mundial que en aquel momento estaba en reflujo.

Así podemos analizar, en términos muy generales, los efectos de la crisis de 1930 sobre el capitalismo dependiente.

Pero ¿qué pasa hoy día en América latina? ¿Cuáles son los sectores sociales que componen las sociedades nacionales? Ellos se han modificado extremadamente después de 1930. Las burguesías agrarias o mineras exportadoras fueron completamente debilitadas económica y políticamente y viven en la expectativa de un golpe final contra ellas. Las burguesías industriales de los distintos países que impulsaron la industrialización, la participación estatal en el desarrollo y la movilización nacionalista de las masas no pudieron llegar a un enfrentamiento radical con el capital extranjero, siendo obligadas a someterse a él. Surge así la figura social de una burocracia internacional del gran capital que junto a sus socios o empleados nacionales administra los intereses del gran capital internacional al nivel local. Al lado de esa burocracia capitalista que representa los intereses del gran capital internacional, está la burocracia civil o militar ligada al capitalismo de Estado, que representa una fuerza económica de gran peso en las economías dependientes industrializadas.

No hay pues en el seno de las clases dominantes, ningún sector interesado en un conflicto radical con el capital internacional. El único sector de las clases dominantes que choca con él, pero de manera restringida, es el capitalismo de Estado que intenta obligar al gran capital a seguir ciertas reglas, a orientar sus inversiones en una dirección favorable al desarrollo, etc.

Las únicas fuerzas sociales que entran en contradicción radical con el tipo de desarrollo que el capitalismo dependiente produce en los países subdesarrollados, son aquellas que no sólo sufren directamente la explotación del gran capital, sino que también ven su futuro y el de sus hijos amenazados por la incapacidad que tales formaciones económico-sociales tienen, de producir un crecimiento económico capaz de absorber a la mayoría de la población en la producción y ampliarles el consumo.

Elas se componen básicamente de los trabajadores urbanos y rurales y del numeroso campesinado (compuesto de medieros, aparceros de varios tipos, pequeños propietarios, usufructuarios de tierras de propiedad no revelada, etc.). Ellos son los sectores productivos fundamentales que crean los excedentes económicos a través de su trabajo no remunerado (la plusvalía) que permite la supervivencia del resto de la población. Sin embargo, sus condiciones de vida están entre

las más bajas, la intranquilidad es la constante en su trabajo y la inseguridad sobre la incorporación de sus hijos al trabajo completa el cuadro de una población que se ve completamente en contradicción con la importancia y el carácter de su actividad productiva así como con el grado de organización y educación que necesita para ejercer esta actividad (condiciones que varían mucho al considerarse la producción agrícola de bajo nivel tecnológico).

Al lado de esta población, confundándose con ella algunas veces en una línea de demarcación muy sutil, está un subproletariado urbano y rural que, además de representar un amplio sector de la población, es una capa social en proceso de transición entre constituirse en una clase de marginales o un lumpemproletariado y ser absorbido por el sistema productivo. La segunda hipótesis sólo es viable a través de una transformación radical en la estructura productiva de la sociedad que, a través del planeamiento, permite absorber la mano de obra desocupada. Para esto había que cambiar profundamente la orientación del desarrollo —su carácter competitivo y capitalista no le permite integrar en la actividad productiva a esta población. Su lucha hasta el momento ha variado entre la presión por resolver sus problemas como grupo marginalizado (y no completamente marginal, pues se conserva con actividades productivas), buscando urbanizar sus poblaciones, conseguir servicios sociales, etc., y, por otro lado, las explosiones radicales contra la situación actual, bajo formas armadas y a veces incluso electorales. La inconstancia es, sin embargo, su característica principal, pudiendo variar hacia la ultraizquierda o la ultraderecha, conforme la situación histórica y el trabajo político de las otras capas sociales hacia ella.

Finalmente, nos cabe tomar en consideración un amplio sector que en muchos aspectos entra en conflicto con el sistema socio-económico vigente. Son las clases medias asalariadas y los pequeños propietarios amenazados por la concentración monopólica de la economía y sobre todo sus hijos, los cuales se prepararon en carreras técnicas y profesionales y ven también los límites del desarrollo dependiente para integrarlos en el sistema productivo.

No es, pues, sin razón que la cuestión del desarrollo económico pierde actualmente el contenido técnico del cual buscan revestirla las clases dominantes y los tecnócratas para hacerse cada vez más claro su contenido político. Se trata no simplemente de obtener un crecimiento económico, ni tampoco de dirigirlo a través del capital nacional frente a los impedimentos creados por el capital extranjero, sino que la cuestión es de que el desarrollo capitalista no supera el subdesarrollo y profundiza la dependencia, crea nuevas contradicciones y acentúa las antiguas sin poder resolverlas. Se pone así en primer plano la cuestión del desarrollo socialista como una única alternativa al desarrollo capitalista dependiente.

Este cambio de la situación interna de América latina lleva a una dinámica social distinta de aquella de 1930. Las fuerzas de

cambio son distintas y sus proyectos de desarrollo también lo son:

El capital extranjero busca la integración de las economías nacionales en una nueva división internacional del trabajo en la cual los actuales centros hegemónicos se ocuparán de la producción de aquellos bienes ligados a la tecnología más sofisticada y al desarrollo del conocimiento científico y técnico que produzca el control de la tecnología por la propiedad monopólica y permita mantener su dominio mundial; por el crecimiento de los servicios y actividades parasitarias para absorber la mano de obra liberada de la actividad productiva directa, que es cada vez más especializada con bajísima utilización de mano de obra. Para los países subdesarrollados tal alternativa de cambio les permite modernizarse e incorporar nuevas tecnologías sin resolver ninguno de sus problemas fundamentales y haciendo que su crisis social y económica se profundice a largo plazo.

La perspectiva del capitalismo de Estado supone una alternativa de fortalecimiento de la economía buscando obligar al capital extranjero a apurar su penetración en la economía industrial para poder así modernizar más rápidamente la economía teniendo siempre al capital estatal como su socio, controlador y orientador. Es decir, no se trata de romper con el gran capital, sino de orientar su penetración en la economía. Tal esquema a largo plazo, invierte la relación, pues en la medida en que el capital extranjero penetra en los nuevos sectores se hace más fuerte para después someter completamente el capitalismo de Estado. Este no hace más que apurar el proceso de expansión del gran capital internacional en nombre del nacionalismo y del antimperialismo.

Finalmente, la única alternativa viable a esas dos anteriores, las cuales se presentan separadas en el presente, pero que a largo plazo llevan a resultados similares, es el socialismo, como la experiencia ha indicado positivamente en Cuba, y negativamente en Bolivia, en la Guatemala de los años 50, en el Brasil de Vargas y Goulart, en la Argentina de Perón, etc. El socialismo emerge como una forma de apropiación del excedente económico más racional y que supone una orientación de las inversiones hacia los sectores más necesarios a la mayoría de la población y más cruciales para el crecimiento de un sector productivo amplio y racional. Permite también planear una utilización racional de la fuerza de trabajo aumentando su calificación, mejorando sus niveles de vida y ampliando al mismo tiempo la producción y el excedente reinvertible.

Esas fuerzas sociales presentes y las alternativas que ellas presentan (2) para el desarrollo de la sociedad, son los factores determinantes sobre los efectos que pueda provo-

car cualquier modificación de la coyuntura internacional. Por lo tanto, no hay que esperar en las actuales circunstancias históricas efectos similares a los de otras crisis mundiales. Hay que tomar en consideración que las circunstancias internacionales dan solamente los marcos que condicionan las posibilidades de desarrollo interno de las sociedades nacionales. Es pues la composición de fuerzas en su interior la que determina en última instancia los efectos posibles de estos condicionamientos dados por la economía y política mundial.

Dentro de estos marcos podemos analizar los posibles efectos de la actual crisis norteamericana sobre América latina.

Dividiremos nuestra exposición en 5 partes: en una primera parte haremos una síntesis de la crisis norteamericana actual y de sus perspectivas, en una segunda parte examinaremos las tendencias actuales del comportamiento de las fuerzas sociales presentes, en una tercera parte analizaremos el comportamiento posible de las clases populares para, por fin, en un último apartado, estudiar las perspectivas para después de la crisis.

### SINTESES DE LAS CARACTERISTICAS DE LA CRISIS NORTEAMERICANA

Vimos en el capítulo anterior que la crisis norteamericana actual debe ser entendida como una crisis de carácter profundo. Ella refleja un momento en que se acumulan problemas agravados por la ausencia de solución de las contradicciones del sistema, su aplazamiento sistemático y las nuevas contradicciones generadas por un crecimiento económico anárquico y especulativo en los años 60. Se hace necesario sintetizar las ideas que expusimos en el capítulo anterior como introducción al próximo ítem.

La crisis actual resulta del propio carácter cíclico del sistema, el cual tiene origen en los límites que ofrece la propiedad privada de los medios de producción para regir una economía basada en una producción progresivamente socializada. Pero esta crisis es amplificada por la amplitud de los problemas que el sistema no logra resolver en los planos nacional e internacional.

La concentración del ingreso y la extensión de la pobreza, el uso de la mano de obra negra y morena para las actividades más difíciles y menos remuneradas y la acentuación del problema racial que esto genera; la incapacidad de mantener una tasa de crecimiento capaz de absorber el crecimiento de la población económicamente activa, el consecuente desempleo abierto y el desempleo disfrazado sobre todo de la mujer, que es obligada a volver a los servicios domésticos después de terminado el "boom" provocado por la Segunda Guerra Mundial; la necesidad de absorber mano de obra en las actividades militares y en los sectores improductivos, llevan a una irracionalidad creciente del sistema. La preferencia por el servicio privado en relación al público lleva a un enorme despilfarro e ineficacia en la totalidad (a pesar de las maravillosas eficacias particulares que esto produce). El ahogo de una burocratización

(2) Hemos estudiado en un trabajo anterior esas alternativas de cambio. Ver: "Dependencia Económica y Alternativas de Cambio en América Latina", Revista Mexicana de Sociología, México, 1970; incluido en Dependencia y Cambio Social, Cuadernos del CESO, No 11, 1970.

enorme de la vida social, las angustias de una sociedad sin puntos de referencia globales materialistas y basada en una sistemática defensa idealista del individuo. La crisis del ambiente físico, desequilibrado por una constante actividad productiva anárquica que no se preocupa jamás con sus implicaciones totales. Todas estas contradicciones, conflictos y tensiones sociales internas se hacen más explosivas frente a la incapacidad del programa reformista de las administraciones Kennedy y Johnson de resolverlas y frente a la crisis que se anuncia en 1966 y es resuelta por el expediente de la inversión y del consumo militar y que explota en 1968, 1969 y 1970, con una inflación acompañada de recesión.

A la crisis interna se suma la crisis internacional que con ella se relaciona estrechamente. Desde el punto de vista económico, la crisis de la balanza de pagos que lleva a la inestabilidad del dólar, se suma a la pérdida de la posición relativa en el comercio mundial y a los efectos de la guerra del Vietnam sobre el balance de pagos.

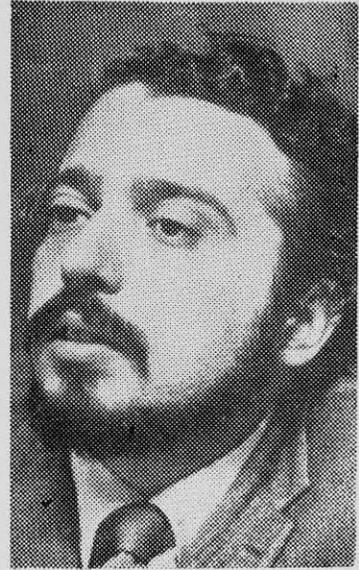
La pérdida de posición comercial es compensada por el crecimiento del poder del capital norteamericano en el exterior, el que se enfrenta sin embargo con la crisis de la balanza de pagos y del dólar, los cuales amenazan al dólar como instrumento de penetración en otras economías.

Hemos visto la importancia de la pérdida de la hegemonía militar norteamericana para la Unión Soviética y los efectos de la expansión de las economías socialistas sobre la correlación de fuerzas mundiales. Tales hechos, ligados a las dificultades en el interior del sistema capitalista internacional y las dificultades internas de los Estados Unidos, llevan a este país a asumir una posición defensiva en la política internacional junto con la elaboración de un programa de adaptación a la nueva correlación de fuerzas en el plano mundial que, de inmediato, lleva a un período medianamente largo de inmovilismo político.

Durante este período los aliados de los Estados Unidos buscan aprovecharse de la situación para debilitarlo en el frente capitalista y mejorar la posición relativa de cada país en el sistema capitalista mundial, aumentando su poder de negociación. Pero la situación mundial es marcada por la presencia de enormes fuerzas populares organizadas y un radicalismo político creciente y cada vez más consciente. En tales circunstancias, todo movimiento social, aunque restringido en su comienzo, tiende a crecer y a asumir proporciones enormes.

Las frustraciones acumuladas en una política de 20 años de conciliación de clases siempre a costa de la solución final de los problemas sociales más profundos, saltan al primer plano político en violentas manifestaciones. La Francia de mayo de 1968, el Brasil de 1968, el Cordobazo de 1969, el México de los días anteriores a las Olimpiadas, los Estados Unidos de los veranos negros y de la invasión de Camboya, entre muchos acontecimientos similares en el mundo moderno, revelan que el precio de la conciliación son descargas explosivas de violencia reprimida.

**THEOTONIO  
DOS  
SANTOS: La  
crisis de  
EE.UU.**



Hay que esperar, por lo tanto, que las maniobras de luchas de posiciones en el interior del sistema capitalista puedan provocar circunstancias explosivas de radicalización. Es también evidente que, en el mundo actual, estas maniobras pasan por una lucha por la conquista del mercado más promisorio del mundo moderno, que es el mercado constituido por los países socialistas. Es también claro que la conquista de estos mercados pasa por una concentración económica en manos del Estado para ampliar la capacidad de negociaciones bilaterales entre gobiernos y que no entran en un mercado anónimo.

Todos estos hechos funcionan pues como factor de profundización económica, política, ideológica e institucional de la crisis actual que hace que ésta tenga un carácter estructural. La solución de la crisis actual no será nunca significativa si no se enfrentan estos problemas. Y de una manera o de otra, se desarrollará la conciencia social de estos problemas y, consecuentemente, las formas de organización para enfrentarlos.

**AMERICA LATINA, DIAGNOSTICO DE UNA SITUACION**

En este cuadro se inserta la crisis latinoamericana. Una crisis aguda que ha sido desviada a través de una enorme batería de soluciones conciliatorias que aplazan su explosión.

No podemos decir que no haya conciencia del problema ya sea entre los técnicos, o entre los políticos, o entre amplias capas del pueblo. CEPAL, OEA, AID, BID, el propio F. M. I. y muchas otras instituciones del propio sistema reconocen la gravedad de la crisis latinoamericana y el fracaso que representa el actual modelo de desarrollo industrial dependiente.

La revista **Comercio Exterior**, del Banco Nacional de Comercio Exterior de México, buscaba resumir este diagnóstico en un editorial de abril de 1970:

“Al cabo de dos años de dinamismo económico, en los que los datos de ingreso muestran una mejora importante, es forzoso preguntarse qué ocurre en América latina, pues no deja de parecer extraño que el aumento de la producción y de las reservas monetarias y el progreso de la estabilización vayan acompañados de fenómenos sociales cada vez más perturbadores en los que las notas distintivas son el descontento y la violencia, además de graves contratiempos o crisis en los procesos de integración. En 1969 los hechos se encargaron de desmentir algunos optimismos que hasta entonces parecían fundados, puesto que el ejemplo más avanzado e ilustre de integración multilateral no bastó para impedir que resurgiera entre países miembros del mismo, vinculados por los más estrechos lazos de la historia y de la economía, un conflicto bélico que alteró y todavía sigue alterando, todo el cuadro centroamericano. También los hechos pusieron de relieve que era indispensable que la ALALC entrara en una pausa de varios años, en espera de que maduren las condiciones necesarias para seguir adelante con firmeza. El grupo Andino no representa todavía más que una esperanza y vale más por lo que promete que por lo cumplido hasta ahora”.

“Pero, ¿cuál es la explicación de la coincidencia entre la aceleración de las tasas de crecimiento económico y las tasas de desasosiego social y de la disconformidad? O, dicho de otra manera, ¿cómo explicarse la divergencia entre el avance económico y el avance social? Existe un factor que separa ambos fenómenos: la distribución del ingreso”.

Es claro que la distribución del ingreso no pasa de ser una manifestación de relaciones de producción basadas en la explotación de la fuerza de trabajo. Los intentos de distribución del ingreso dentro del sistema capitalista han fallado invariablemente en todas partes.

Además, el capitalismo siempre ha resuelto sus problemas a través de la amplificación del mercado interno y externo y no a través de una redistribución del ingreso en favor de los asalariados. En las condiciones latinoamericanas hay un amplio sector de la población que podría ser incorporado en un sector capitalista de producción, generando ingresos más altos. Esta población está compuesta en gran parte por la población agrícola que usa baja tecnología o que está abiertamente subocupada, los sectores del subproletariado urbano con ocupaciones de muy baja remuneración y baja tecnología o en servicios no necesarios y no permanentes; también se debe incluir a los sectores del proletariado ocupados en pequeñas empresas superadas tecnológicamente. Toda esta población forma una enorme reserva de mano de obra que educada y preparada puede ser rápidamente transformada en un productor (del punto de vista capitalista: un asalariado, es decir, un productor de plusvalía) y consumidor, ampliando así la producción y la mano de obra.

El gran problema del capitalismo dependiente es que teniendo un alto nivel tecnológico a su disposición, disponiendo de las más refinadas técnicas administrativas, dis-

poniendo de los más refinados científicos sociales para diagnosticar el fenómeno, no puede superar esas contradicciones.

Y no lo puede hacer porque la apropiación privada de los medios de producción en vez de resolver tales problemas los profundiza: esto porque son problemas creados por el propio desarrollo capitalista. Es el capitalismo el que prefiere una tecnología ahorradora de mano de obra a nivel internacional, propagándola por todo el sistema mundial en función de impulsos irracionales del mercado y sin tomar en consideración la utilización de los recursos de mano de obra en la producción, que permitiera ampliar el tiempo para el estudio, la diversión y el consumo al mismo tiempo. Es el capitalismo dependiente el que, al necesitar de una superganancia para permitir la reinversión y la remesa de ganancias al exterior, necesita de una superexplotación que mantiene la mano de obra con remuneración muy baja y no permite la expansión suficientemente grande del mercado interno. Es el capitalismo dependiente el que no puede enfrentarse radicalmente con el sector latifundista, preservando una economía atrasada en el interior e impidiendo una expansión en escala suficiente del mercado interno.

Así son pues los límites del propio capitalismo que le impiden resolver sus contradicciones internas, sean las contradicciones más globales del sistema, sean las formas y las contradicciones específicas generadas por el capitalismo dependiente.

Por esta situación básica que está en la raíz de la crisis latinoamericana, se crea un impasse político muy serio. Al nivel político se crea una situación explosiva donde las tendencias a cuestionar el sistema actual buscan formas de expresión radicales, sea a través de rebeliones de masas explosivas, sea a través de formas organizadas de lucha de masas como las huelgas generales, sea a través del apoyo electoral a las fuerzas políticas que se presentan como negación del sistema existente. Este cuestionamiento no tiene aún forma política clara, sino que es más bien la expresión de una radicalización general y de una incapacidad del sistema actual de ofrecer soluciones convincentes para la grave crisis en curso.

Otro factor presente en el momento actual, que actúa como un condicionamiento social, es la inestabilidad de la pequeña burguesía y de las clases medias asalariadas que son afectadas: la primera por el proceso de monopolización y concentración económica y la otra por la estabilización general de los salarios. Tal situación estimula un comportamiento radical en estos sectores, que han dado la mayoría de los cuadros para los movimientos armados latinoamericanos, y que son también la principal fuente de cuadros del terrorismo de derecha en los diversos países (junto a sectores del lumpen que se ligan al terrorismo de derecha, sea directamente, sea a través de la policía).

El último factor que acentúa la tendencia a la inestabilidad de la situación son los representantes del latifundio en decadencia que ven escaparse su poderío, apartarse sus aliados nacionales e internacionales y que tien-

den a reaccionar por la fuerza a ciertos aspectos de las reformas agrarias impuestas desde arriba e incorporados en la política de casi todos los gobiernos latinoamericanos. Su reacción radical da una base material más fuerte a la contrarrevolución y acentúa el radicalismo de la situación.

Los gobiernos fuertes, militares o no, buscan resolver este conjunto de contradicciones inmediatas no tocando sus raíces. Pero introducen un nuevo elemento de complicación de la situación; de un lado aseguran un desarrollo capitalista moderno que, en vez de resolver las contradicciones, como hemos visto, las profundiza; de otro lado, entran en conflicto con las fuerzas de modernización, a las cuales sirven al intentar dar un rol determinante al capitalismo de Estado y a la nación en proceso de desarrollo.

De lo que hemos visto, se puede concluir que la crisis norteamericana encuentra en América latina la siguiente situación:

a) Una crisis radical que cuestiona las soluciones actuales ofrecidas por el capitalismo como sistema.

b) Una tendencia a la radicalización política e ideológica de la oposición popular con la aparición de formas de lucha de masas violentas, al lado de formas organizadas de lucha sindical y aun expresiones electorales del descontento.

c) Una tendencia a la radicalización de capas importantes de la pequeña burguesía, la clase media asalariada y del latifundio decadente que tienden a incorporarse a la lucha política a través de formas radicales de acción armada sea de izquierda, sea de derecha. Se desarrolla un movimiento armado de vanguardia paralelo a la radicalización de masas sin que se ligen aún, pero existiendo proposiciones en este sentido.

d) Los regímenes militares o civiles de fuerza no resuelven completamente sus conflictos con el gran capital internacional, e insisten en conciliar la penetración de este capital para modernizar la economía con el crecimiento del poder estatal de base nacional y con una participación intensa en la economía.

Es necesario señalar que estos factores operan en general en dos direcciones. Primero, hay una tendencia a la radicalización política e ideológica, sea hacia la izquierda, sea hacia la derecha. Segundo, hay una tendencia hacia una quiebra interna dentro de las clases dominantes (sector latifundista vs. modernizadores; sectores estatistas vs. liberalismo del gran capital).

¿Cómo opera la coyuntura internacional en tales circunstancias? ¿Cómo tienden a reaccionar los distintos sectores sociales? Pasaremos a estudiar estos problemas en forma de ensayo, pues se hace muy difícil enfrentarlos de manera muy rigurosa debido a la ausencia de datos y análisis localizados que permitan una abstracción rigurosamente científica del proceso en curso.

### **LAS CLASES DOMINANTES FRENTE A LA CRISIS**

Hemos visto qué fuerzas actúan dentro de las sociedades latinoamericanas. Debemos

ahora ver cómo afecta la crisis mundial a esas fuerzas. El primer sector afectado son las clases dominantes. Ellas disponen de mecanismos inmediatos de poder que pueden utilizar para aprovecharse de la crisis actual.

La baja de la capacidad de negociación de Estados Unidos a nivel internacional estimula la ofensiva política de las clases dominantes latinoamericanas para arrancarles concesiones.

Es importante tener en consideración que Estados Unidos ha hecho muchas promesas a los países subdesarrollados, que no ha podido cumplir. En primer lugar, prometió cooperar con los países dependientes para mejorar los términos de intercambio de su comercio exterior. Se trata de abrir el mercado norteamericano a los productos agrícolas y materias primas que tengan una mayor incorporación de trabajo e industrialización. Las leyes norteamericanas establecen un fuerte impuesto sobre las materias primas y productos agrícolas ya elaborados para proteger la industria norteamericana.

Bajo la presión directa de los países dependientes o a través de la UNCTAD, los Estados Unidos pueden percibir la gravedad del problema planteado, pero no pueden darle una respuesta rápida por la presión de los sectores perjudicados dentro de Estados Unidos. En el caso de Brasil, el conflicto en torno al café soluble dejó marcas muy profundas en las relaciones entre los militares brasileños y el gobierno norteamericano. Aun más, acentuó el sentimiento de impotencia del Gobierno militar porque el gobierno de Estados Unidos lo obligó a aumentar las tasas que él cobraba sobre la exportación de café soluble. Para un gobierno que se considera el más importante aliado norteamericano en el Atlántico sur, esta es una humillación muy grande.

Pero el fenómeno no alcanza solamente las materias primas industrializadas. Estados Unidos representa un enorme mercado para productos industriales que exigen una participación importante de la mano de obra, como la industria de zapatos, textiles, etc. Los países dependientes piden, otra vez, que se suspendan las barreras aduaneras que se imponen a la importación de estos productos y, otra vez, la lucha se muestra ineficaz. La reacción de los propietarios e industriales medios norteamericanos impide la apertura total del mercado norteamericano y se establecen cuotas de importación muy inferiores a los intereses de los "industriales de los países subdesarrollados".

Al hablar de estos industriales se plantea un importante y curioso problema teórico. Ellos son en general los gerentes de las empresas extranjeras; en la mayor parte de los casos son norteamericanos. Este era, de modo evidente, el caso de los productores del café soluble en Brasil. Y, por otro lado, si no controlan de inmediato estos sectores tienden a controlarlos cuando se muestran lucrativos. Esto transforma esta lucha aparentemente internacional, en una lucha entre dos sectores del empresariado norteamericano: uno, internacional y liberal en lo que respecta al comercio mundial; el otro, nacional y pro-

teccionista. De hecho, la política liberal permitiría a los sectores más dinámicos liquidar sus competidores internos recurriendo a una mano de obra más barata y a las facilidades de operación que les dan los países subdesarrollados. El programa de la UNCTAD representa así claramente los intereses de estos sectores (3).

El entrelazamiento de mercados entre las matrices y filiales y entre filiales entre sí dentro de las empresas multinacionales son un problema altamente complejo para el cual no hay soluciones definitivas y se puede imaginar los conflictos que se dan en el interior de la burocracia capitalista por la insistencia con que aparecen estos problemas en la nueva literatura sobre el tema. Estos entrelazamientos se hacen aun más graves dentro de las empresas "conglomeradas", que crecieron enormemente en los últimos años a través de una política de inversión altamente especulativa que se introduce en los sectores económicos más variados, promoviendo una centralización financiera completamente independiente de las necesidades de la concentración tecnológica. Los problemas gerenciales que se crean en su interior son los más violentos y se agudizan, como en el caso de la Pann Station.

En los países dependientes en crecimiento, la expansión de las exportaciones industriales y de materias primas industrializadas, sea para Estados Unidos y demás países desarrollados, sea para los otros países del área (Mercado Común) es un medio de soslayar el problema de la necesidad de expandir el mercado interno, permitiéndoles ampliar la utilización de su capacidad instalada y, en algunos casos, crear nuevos sectores productivos.

La incapacidad del Gobierno de Estados Unidos de resolver tales problemas de inmediato hace aumentar la presión de los países subdesarrollados en su conjunto, de los aliados desarrollados también interesados en estos mercados como el Japón, con la complicidad del gran capital que tiene ahí una de sus áreas de inversión en perspectiva o que sufre directamente la presión de sus subsidiarios. No hay duda que después de despertarse tantas ilusiones sobre las posibilidades de esta reorientación de las exportaciones y sobre los mercados comunes, la incapacidad de ponerlos en práctica de inmediato despierta en las burocracias civiles y militares de los países dependientes el sentimiento de que tales objetivos sólo podrán ser conquistados por una presión más fuerte y un chantaje revolucionario más peligroso.

Los roces no se agotan en este punto. El programa de la CECLA en Viña del Mar, llevado por Gabriel Valdés al Presidente Nixon,

llama la atención sobre muchos de estos aspectos de las relaciones entre Estados Unidos y América latina.

Una de las cuestiones más tocadas se refiere una vez más al comercio mundial. Se trata de los llamados créditos vinculados que obligan a los beneficiarios de la ayuda norteamericana a comprar con estos créditos productos norteamericanos cuyos precios son más altos que el mercado mundial; y ni siquiera representan siempre los intereses de la industrialización de los países dependientes (4). A pesar del hecho de que el Gobierno norteamericano reconoce la existencia del problema, esto no llegó sino a permitir que se hiciera parte de las compras dentro del mercado latinoamericano, lo que no cambia en nada la situación desde un punto de vista inmediato.

Las cuestiones básicas a ser redefinidas se acumulan. Ellas son: el problema de las remesas de ganancias y del control del capital extranjero sobre la industria nacional. El problema del creciente endeudamiento de América latina y los países dependientes en general, cuyo servicio de la deuda externa alcanza de 25 a 30% de las divisas obtenidas con las exportaciones y tiende a crecer aún más. La necesidad de admitir la participación del Estado en la dirección del proceso de desarrollo y del apoyo a las empresas estatales y a la formación de empresas de capital mixto (estatal y extranjero). Todos estos ítems forman un programa de transformaciones económicas cuyo contenido fundamental es una modernización de las estructuras internas en moldes de un neocapitalismo dependiente y un cambio de la división internacional del trabajo a favor de la intensificación de la industrialización en los países dependientes. Esta política, a pesar de no ser contradictoria con los intereses del gran capital internacional a mediano plazo, encuentra serias dificultades de aplicación inmediata, por las resistencias que ofrece el capital "nacional" de Estados Unidos; y porque no se ha alcanzado suficiente movilidad de factores a nivel internacional para que las empresas multinacionales puedan estar suficientemente seguras de poder manejar el mundo sin fronteras, por lo cual tanto propugnan.

Hay que considerar también otro aspecto. En la medida en que los conflictos se agudizan, la burocracia civil y militar de los países subdesarrollados tiende a tomar iniciativas en el plano interno y externo que buscan precipitar el proceso de modernización para alcanzar la neodependencia. Al hacerlo, sin embargo, se fortalecen tendencias nacionalistas y se estimulan movilizaciones populares que tienden a romper el marco restringido de las reformas modernizadoras. La debilidad poli-

(3) Es importante notar el apoyo que dan a la UNCTAD las publicaciones que defienden el interés del gran capital internacional. Uno de los apoyos más directos viene de la Newsletter, del *Business International* que trata de defender muy directamente los intereses de las empresas multinacionales. Esto no quiere decir que sectores más conservadores y de visión más amplia como el Chase Manhattan no llamen la atención sobre los problemas internos que esa política acarrea para EE. UU.

(4) Según cálculos del CIES el contenido real de la ayuda externa es muchas veces inferior a esta ayuda debido a los sobrepagos de los productos importados, las sobretasas y los sobreintereses cobrados y los nuevos intereses de las deudas que se hacen para pagar las deudas anteriores. Los cálculos del CIES hacían variar entre 50% a 60% el contenido real de la ayuda norteamericana.

tica de Estados Unidos favorece el desarrollo de estas tendencias.

En este contexto surge la búsqueda de alternativas de negociación internacional fuera de Estados Unidos. Aprovechándose de su debilitamiento actual surge la posibilidad de ampliar las negociaciones con Europa y Japón (en los años 60 se hablaba mucho del apoyo francés, entendiéndose a De Gaulle como un aliado en los enfrentamientos con Estados Unidos y con los países del bloque socialista (5). Europa ha decepcionado mucho porque el M.C.E. mantiene su política preferencial con sus excolonias africanas).

En lo que respecta a la entrada de capitales, Alemania y Japón se muestran en general con una buena disposición de desarrollar sectores económicos muy modernos, pero no dejan de exportar las ganancias y de fortalecer una política de desnacionalización del monto de los excedentes económicos. Además sus enfrentamientos políticos con Estados Unidos se quedan dentro de un círculo restringido y no favorecen directamente los intereses de los países dependientes.

El comercio con los países socialistas y la ayuda rusa se han revelado limitados hasta el momento. En primer lugar, porque estos países no están interesados en productos industriales, sino en materias primas en general. En segundo lugar, porque el comercio con los países socialistas es bilateral y exige un planeamiento centralizado a nivel nacional que no existe y que tiene que hacerse expresamente para tales relaciones comerciales. Sólo los países socialistas o con fuerte capitalismo de estado pueden desarrollar fácilmente este comercio. Queda así un tercer factor: la Unión Soviética no tiene interés en abrir un conflicto amplio con los Estados Unidos en un área que durante siglos estuvo bajo su control o influencia, sino disponer de gobiernos nacionales que estuvieran apoyados en fuerzas suficientemente dinámicas para enfrentarse por sí mismos a Estados Unidos. Es decir, la ayuda soviética tiene un interés político general de mostrar su disposición de dar una ayuda en mucho mejores condiciones que Estados Unidos, crear algunos lazos económicos, políticos y culturales que permitan en el futuro estimular gobiernos nacionalistas o socialistas a enfrentarse a Estados Unidos contando con su posible ayuda. Sin embargo, los cambios operados en Chile, Perú y Bolivia posiblemente estimularán a la Unión Soviética a una política más activa en América latina.

Sumados, pues, los mecanismos que llevan a la profundización de la crisis internacional, se pueden esperar hechos muy importantes en

un plazo más o menos corto. Sobre todo es de esperarse que los funcionarios del gran capital internacional en las filiales, los grandes empresarios nacionales, la burocracia y la tecnocracia civil y militar del gobierno tiendan a aprovecharse de la situación internacional para intentar disminuir las presiones revolucionarias al interior de las sociedades a través de una política reformista, muy controlada pero en muchos puntos críticos de difícil control final. La situación es tal que los obliga a tomar los riesgos (cuando menos porque algunos de estos sectores —y el más preparado en general es el militar— podrán estar dispuestos a jugar hasta donde las cuerdas no se rompan).

El reformismo asumirá así la forma que las correlaciones de fuerzas locales permitan, sean gobiernos militares, sean frentes políticos, sean gobiernos fuertes no militaristas. Pero, es indudablemente una fuerza en ascenso en este momento, y deberá serlo hasta que los Estados Unidos controlen la crisis actual y empiece una nueva ofensiva de absorción de este movimiento reformista en un plano internacional de reformas, dirigido por los Estados Unidos. Las reservas ideológicas de Estados Unidos son muy grandes y no hay que asustarse si un nuevo Kennedy presenta una alianza para el desarrollo socialista (?) de América latina, que junte los capitalismo de Estado nacionales y el capital norteamericano para "salvar" América latina.

La derecha tradicional exportadora (latifundista, minera, bancaria y comercial) tiende a la defensiva y a utilizar el máximo posible de sus fuerzas para que esta ola reformista no la liquide. Su radicalización y su tendencia al terrorismo clandestino o legalizado por el aparato dictatorial es un hecho que, a pesar de su evidencia, es poco reconocido en América latina. El ala dura, el Comando de Caza a los Comunistas, los grupos militares y policiales de ultraderecha de Brasil, la Mano Blanca en Guatemala, los grupos derechistas que pasan a matar a la izquierda en varias partes, los movimientos por la Propiedad y la Familia, revelan el afán contrarrevolucionario del latifundio decadente, de las familias tradicionales pequeñoburguesas en decadencia, de sectores del lumpen pagados por estos sectores para utilizar la violencia como factor de presión política. Hasta el momento la violencia ha sido usada con este objetivo de presión, pero ya se anuncia en varias partes la tendencia a usarla como instrumento de destrucción física de la izquierda (Guatemala y en parte Brasil son ejemplos evidentes).

Por el momento, esta derecha está relativamente aislada socialmente, contando sólo con la complicidad de los gobiernos reaccionarios y con la impunidad de los gobiernos reformistas de centroderecha. Toda vez, sin embargo, que la radicalización popular alcanza victorias importantes o amenaza la conservación de la sociedad burguesa, la base social de estos grupos de derecha tiende a crecer, y lo que antes fue complicidad e impunidad tiende a transformarse en apoyo real.

(5) No nos olvidemos de que el gobierno de Castelo Branco envió una misión económica a la Unión Soviética dirigida por el propio Ministro de Planeamiento, Roberto Campos. Esta delegación pretendía abrir en la Unión Soviética un mercado para productos industriales. Los resultados fueron muy pobres. Muchos de los países latinoamericanos tienen hoy día comercio y reciben ayuda del bloque socialista, pero en ningún caso la Unión Soviética abrió sus puertas a los productos industriales latinoamericanos.

En resumen, el conjunto de la situación se define de la siguiente manera:

Dadas las condiciones internacionales e internas actuales, el reformismo tiende a tomar la iniciativa a corto plazo, pero la debilidad e inviabilidad de las soluciones que presenta no elimina la radicalización social que él intenta bloquear. Sea a la izquierda, sea a la derecha, las graves contradicciones no resueltas tienden a llevar a un conflicto cada vez más grave entre revolución y contrarrevolución.

Si este diagnóstico es correcto, los gobiernos no socialistas más avanzados de América latina actualmente, que son Chile con la Unidad Popular, Perú de Alvarado y Bolivia de Torres, deberán pasar por crisis muy agudas que no eliminan la amenaza de un golpe derechista (6). En realidad la vacilación e inconsecuencia del reformismo tenderán a estimular a la derecha. La victoria de ésta se hará posible si no se conduce la política de reformas hacia su única consecuencia viable en América latina: el socialismo.

### LAS CLASES POPULARES FRENTE A LA CRISIS

El movimiento de masas tiende a tener períodos de ascenso y descenso que son condicionados por los movimientos cíclicos de la economía, el desarrollo de las organizaciones políticas y otras necesidades de la vida política, así como varios otros factores. En América latina hay una tendencia a que estos movimientos sean más o menos paralelos a nivel continental, a pesar de la ausencia de una coordinación entre ellos.

Los años que precedieron a la guerra del 14 al 1917, fueron años de un gran ascenso de los movimientos anarquistas. En la segunda mitad (1924-1925) de los años 20, hay un nuevo ascenso del movimiento de masas, pero ahora surge un liderazgo de clase media (sea político, como el radicalismo y el aprismo, sea militar como el tenientismo), que parecen liderar el nuevo ascenso que cul-

mina en los años 30. Después, será a partir de 1934 que vendrá otra oleada de masas hasta 1937-38. Al final de la guerra (1943-45), resurge el movimiento popular con objetivos democráticos. La ofensiva anticomunista de 1947 a 1949, obtiene resultados parciales. Pero ya entre 1952 y 1954, resurge el movimiento popular con conquistas muy amplias como la revolución boliviana y la guatemalteca. En 1958 hay otro ascenso del movimiento de masas que dura hasta 1963-64. De él nace la revolución cubana y su paso al socialismo.

Los años de 1964 a 1967, son años de victorias de la contrarrevolución. Con la contrarrevolución de 1964 en Brasil, el Golpe de Estado argentino de 1966, la derrota del Frente de Acción Popular en Chile en 1964, la invasión impune a la República Dominicana, las fuerzas revolucionarias sufrieron enormes derrotas. La más seria fue la del movimiento revolucionario venezolano, que representaba al sector más avanzado del movimiento revolucionario latinoamericano. Los intentos insurreccionales, ya fuesen rurales o urbanos, de vanguardia o de masas, también fueron derrotados en todas partes.

La situación empieza a cambiar a partir de 1968, cuando el movimiento de masas asume una extensión y un radicalismo absolutamente inesperados. En Brasil y en México, el movimiento estudiantil lleva a la movilización de amplios sectores sociales, creando un clima de cuestionamiento de los regímenes respectivos. La respuesta fue muy violenta y desesperada, sea en México (con la masacre de 500 personas en la Plaza de las Tres Culturas), sea en Brasil (con el Acta Institucional Número 5), sea en Chile (con la muerte de ocho obreros en la huelga general de 1968).

El movimiento sufrió un reflujo en algunas partes, pero se aceleró en otras, como en la Argentina donde en mayo de 1969 los obreros de Córdoba y de Rosario tomaron sus respectivas ciudades, con el apoyo de estudiantes e incluso de sectores de la pequeña burguesía (comerciantes, etc.) y fueron apoyados por una huelga general que amenazó gravemente a la dictadura militar argentina.

En el Perú, en Bolivia, la revuelta popular llevó a la necesidad de gobiernos reformistas. En el primer caso esto llevó a una paralización parcial de la movilización popular, que se movía en torno a las elecciones y que dio un voto de confianza al gobierno de la Junta Militar por las reformas que viene realizando. En el segundo caso, el movimiento obrero y estudiantil organizado cuestionó el programa reformista moderado y exigió un camino socialista para Bolivia. Frente a una reacción de la derecha militar, el movimiento popular logró imponer no sólo la derrota del golpe derechista sino también un gobierno más avanzado que el anterior. En Chile, la experiencia demócratacristiana no logró contentar las aspiraciones populares, abriendo camino a una victoria electoral de la Unidad Popular, con un programa "de transición al socialismo", que sustituyó el programa "nacionalista y democrático" de 64. En Colombia, el surgimiento de un intento de desafío populista al esquema de fuerzas liberal-con-

(6) Hay que hacer una profunda diferencia entre Chile, Perú y Bolivia. En Chile, el gobierno representa un frente de izquierda en el poder, con un claro programa que objetiva la "transición al socialismo". La posibilidad de un camino derechista pasa claramente por el derrumbe legal o ilegal de este gobierno. En Perú, sin embargo, el gobierno trae en su interior las fuerzas políticas más contradictorias, desde la derecha hasta el llamado nacionalismo de izquierda y el social-progresismo. La victoria de la derecha puede darse con un simple golpe político o un cambio de correlación de fuerzas dentro del gobierno. El paso al socialismo sólo podría darse con una organización de las masas y una incorporación de fuerzas revolucionarias al gobierno, con la eliminación de sectores derechistas o con la constitución de un nuevo gobierno. La situación de Bolivia es similar a la del Perú, con una importante diferencia: en Bolivia hay un movimiento obrero organizado con una clara conciencia socialista, lo que impide manobras centristas por parte del gobierno y lo obligará a definirse mucho más rápidamente que en el Perú.

servador, con proposiciones muy confusas pero con estímulo a la violencia como arma política, logró un amplio respaldo popular. En Santo Domingo, la oposición se convirtió en una constante movilización de masas, basada en un creciente entusiasmo popular, y el líder liberal Juan Bosch habla hoy día de una dictadura del pueblo, buscando canalizar la radicalización popular. En Argentina el golpe de los ministros militares que derribó a Onganía, abre camino a un intento del frondizzismo de realizar un nacionalismo económico, pero la persistencia de la crisis política y la radicalización del peronismo hacen reaparecer el nombre de Perón en la vida política como único camino capaz de contener la radicalización. Una nueva huelga general apunta hacia una presión política para transformaciones en el gobierno. En Uruguay el crecimiento de las luchas de masas del 68-69, que tuvieron en la huelga de los bancarios su momento más crítico, sufrió una derrota; pero en octubre del 70 se llega a una huelga general bajo medidas de excepción.

Por todas partes, el movimiento de masas readquiere su dinámica y vuelve no sólo a desafiar el poder existente sino a lograr victorias concretas sobre la derecha, como en los casos recientes de Chile y Bolivia.

Por otro lado, las fuerzas políticas de vanguardia popular han pasado por una gran evolución, cuyos resultados todavía son difíciles de medir a corto plazo. A principios de la década del 60, las fuerzas políticas que crearon el movimiento insurreccional latinoamericano venían sea de fuerzas nacionalistas radicalizadas, sea de los partidos comunistas, que como el guatemalteco y el venezolano principalmente, creían que la guerrilla podría llevar a una toma inmediata del poder. Diez años de experiencia llevaron a varios fracasos de intentos guerrilleros que se inscribían en la estrategia del foco. Hoy día, el movimiento armado se modificó muy ampliamente. El desarrollo de organizaciones armadas esencialmente urbanas, principalmente en Brasil, Uruguay y Argentina, hizo reeditar el foquismo bajo una nueva forma. Se trata de concebir los grupos armados urbanos como el "foco" de un ejército revolucionario o como los iniciadores de actividades preparatorias para la creación de los "focos" rurales. Sin embargo, la experiencia práctica de esos grupos les hace sentir hoy día sus limitaciones y la necesidad de una articulación orgánica con la lucha de masas, avanzando hacia una estrategia de guerra popular prolongada que combine distintas formas de lucha en la ciudad y en el campo. Tal estrategia se refleja ya en la línea de varias organizaciones que criticaron su concepción foquista anterior. Desde el punto de vista ideológico, las organizaciones de los frentes armados y políticos de comienzos de la década del 60 llamaban a la constitución de gobiernos nacionalistas y democráticos. Hoy día, casi todas las organizaciones plantean el carácter socialista de la revolución, discutiéndose solamente el carácter de los gobiernos de transición.

La cuestión del socialismo como solución política para la crisis latinoamericana empezó a ser aceptada por las personas y fuerzas

más dispares expresando, evidentemente, las concepciones más contradictorias del socialismo. Los militares que están en el gobierno peruano, los bolivianos, las diversas facciones y grupos políticos de distintos lugares, el propio Raúl Prebisch, se han referido al "socialismo como solución a los problemas latinoamericanos".

Se trata de precisar, sin embargo, qué se entiende por este socialismo, y así aparecen las más dispares afirmaciones. Pero estas diferencias tienen en común la necesidad de la participación del Estado. Se trata también de un acuerdo en torno a la necesidad de eliminar la dependencia (considerada como externa por los reformistas y como interna por los revolucionarios) y de destruir al sector agrario tradicional.

De ahí el milagro político de la unanimidad que el gobierno peruano logró en torno a sí, pues hay una gran concordancia en torno a ciertos pasos en el sentido propuesto. Pero no la hay en cuanto a los pasos futuros, que tanto pueden ser en el sentido del socialismo (sin comillas) como de la modernización buscada por el capital extranjero. Hay pues un acuerdo casi unánime en torno de las tareas destructivas de la vieja sociedad colonial y en cuanto a la necesidad de extender la actividad estatal. El desacuerdo surge en lo que se refiere a la extensión y rapidez de esa destrucción y al tipo de sociedad y hombre que debe nacer en su lugar. El reformismo quiere destruir sólo a la sociedad exportadora tradicional y limitar el poder del capital monopólico extranjero, oponiéndole el poder estatal. Los revolucionarios demuestran la inviabilidad de este camino, llaman a la destrucción del capital monopólico extranjero y nacional, al fortalecimiento del Estado y al control popular sobre el Estado. En el momento actual, un grupo significativo de individuos instalados dentro del poder pueden ganar un gran apoyo social y político si toman la decisión de iniciar este proceso de reformas, y tiene muchas chances de mantenerse en el poder por un período más o menos largo. Esto, sin embargo, no le asegura escaparse de estas opciones históricas.

Por otro lado, el movimiento popular, que ya tendía a radicalizarse por la profundidad de la crisis interna, tiende a ganar mayor dinamismo aprovechándose de las concesiones de las clases dominantes, divididas en su interior y buscando aliados para forzar una redefinición del esquema de fuerzas económico y político, a nivel nacional e internacional.

La crisis actual de los Estados Unidos crea así las condiciones para un gran avance del movimiento popular latinoamericano. Es posible que, dado el nuevo esquema de fuerzas interno en América latina, la crisis actual abra camino hacia la creación de nuevos gobiernos socialistas en América latina. Pero es también cierto que, en un primer momento, este movimiento deberá asumir un carácter reformista que se explica por la comunidad de intereses en torno a las tareas destructivas inmediatas.

Es claro que sería posible que un gobierno revolucionario asumiera directamente la responsabilidad de realizar tales tareas, contan-

do con un fuerte apoyo popular. Sin embargo, la izquierda revolucionaria llegó a un gran aislamiento orgánico de las masas, debido al carácter "foquista" de su estrategia. Y si es verdad que los intentos foquistas causaron una gran y favorable impresión en las masas, no llevaron a su organización ni mucho menos a vincular las organizaciones armadas con ellas. El resultado es pues obvio: tendencia al radicalismo político de las masas y ausencia de vanguardias revolucionarias organizadas preparadas para canalizarlo. En tales circunstancias es pues normal que esta radicalización busque expresarse a través de las formas de organización que existen: sean los sindicatos, los partidos políticos, los grupos militares, etc., las masas tienden a apoyarlos si les aseguran de alguna forma un programa de transformación revolucionaria.

Esta es la ley fundamental que mueve el desarrollo actual de las sociedades dependientes latinoamericanas. La unión de una coyuntura internacional de crisis con esta dinámica de lucha social, lleva a una gran apertura de posibilidades de formas intermedias de gobierno. No hay ninguna seguridad sobre la orientación final de estos gobiernos, pues ella dependerá de la profundidad de los cambios que se operen en este período intermedio, el cual como lo hemos visto se caracteriza fundamentalmente por las tareas destructivas del viejo orden colonial exportador.

Pero, como lo hemos visto, la liquidación del viejo orden colonial exportador no es suficiente para identificar el carácter de la nueva sociedad que va a emerger. En segundo lugar, esta liquidación será más o menos profunda conforme las fuerzas sociales que dirijan este proceso. Las oligarquías tradicionales tienen siete vidas y tienen aún un gran poder de resistencia. Si los gobiernos reformistas que se crean en estas circunstancias no son altamente dominados por las masas populares, ellos tenderán a la conciliación y las transformaciones reales serán muy moderadas. De tal manera que en una coyuntura desfavorable para el movimiento popular, la represión que sobre él deberá caer será mucho más radical que en los actuales gobiernos de fuerza latinoamericanos, y la derecha tradicional estará aún viva y suficientemente desesperada para exigir una represión más violenta.

En lo que respecta a la nueva sociedad emergente, ella dependerá mucho de la extensión del proceso destructivo del viejo orden. Cuanto más profunda haya sido esta destrucción, tanto más avanzado podrá ser el nuevo orden social que se cree. Cuanto menos profunda sea la destrucción, mayor será la oportunidad para que no surja en realidad una nueva ordenación social sino una simple modernización de lo viejo. Esa moderni-

zación no podrá ser políticamente democrática y abierta, por las razones que hemos visto más arriba. Ella deberá adecuar una modernización de la economía, del comportamiento social y de la cultura tecnológica, con gobiernos de fuerza y de gran represión política y cultural. Es posible que la fase crítica actual sea sobrepasada por los propios gobiernos de fuerza actuales que buscarán cambiar simplemente sus apariencias, liberalizarse y dinamizarse.

Esto no invalida, sin embargo, el esquema de análisis propuesto. Lo que este esquema señala es que la actual coyuntura internacional crea condiciones para una ruptura del sistema de fuerzas actuales, en un sentido progresivo. Esto no quiere decir que esta ruptura se hará radicalmente en todas partes. Ella puede darse en el interior de un régimen político ya dado o puede llevar a cambios del sistema político. Esto dependerá básicamente de la capacidad revolucionaria del movimiento popular que, a su vez, dependerá básicamente de la posibilidad de unión de este movimiento con las vanguardias revolucionarias organizadas. La capacidad del movimiento popular de llevar adelante su organización, su concientización y de radicalizar las políticas reformistas, definirá el futuro posterior. Si las políticas reformistas se transforman en políticas revolucionarias se crearían las condiciones para enfrentar la ofensiva imperialista que sucederá al momento actual. Cuando Estados Unidos dominen por lo menos en parte su crisis económica actual (sin necesidad de alcanzar un crecimiento muy alto, lo cual parece poco viable en los años 70), se deberá iniciar una nueva ofensiva violenta cuyas bases hemos estudiado sumariamente. La capacidad de enfrentarla, reafirmamos una vez más, dependerá básicamente de la profundidad de la política de reformas actuales, su claro camino socialista y, sobre todo, el grado de organización y conciencia popular. Como lo vimos, esto dependerá de la composición de fuerzas de cada país y de la conciencia que tengan las vanguardias políticas sobre el conjunto de la situación. No sería posible hacer aquí un análisis en detalle de la composición de fuerzas políticas en cada país porque los datos son incompletos, y esto demandaría un estudio superior a nuestras fuerzas en este momento.

La ausencia de este estudio limita la capacidad de predicción de este trabajo. El pretende solamente plantear cómo algunas leyes generales del desarrollo de las formaciones socioeconómicas dependientes industriales se manifiestan en una coyuntura de grave crisis del centro hegemónico del sistema. Sus conclusiones tienen que ser, por lo tanto, bastante limitadas y generales.

